

Diálogo en la montaña.

Briceño Iragorry y Picón Salas en Mérida

Luis Javier Hernández Carmona

CILL «Mario Briceño Iragorry»

ULA-NÚRR, Trujillo

El conocer involucra dentro de sí un movimiento, la búsqueda del conocimiento presupone un viaje, bien sea físico o alegórico. Con la concepción de alegórico referimos el viaje inmóvil que se realiza a través de los textos y sus consiguientes evocaciones. Por lo cual, cuando se emprende la búsqueda del conocimiento se inicia una aventura que se engrandece a través del alma soñadora que la realiza. El conocer para Mario Briceño Iragorry se inicia como una aventura. Explorar el mundo que lo rodea se convierte en un fascinante viaje que retorna insistentemente en los textos construidos bajo matices autobiográficos. Como aventura fantástica y caballeresca define los primeros contactos con el mundo exterior: los viajes a San Jacinto, la Calle Arriba o el Matacho. Connotaciones mágicas confiere a los viajes por las nubes en alas de la fantasía y de la mano de su madre o a las clases de Astrología de su padre. la misma condición de aventura en la adquisición del conocimiento produce la profunda carga emocional y simbólica cuando evoca los instantes idos y los ensueña con una dilatada fuerza. Para la Generación del 18 trujillana el conocimiento se inicia junto a la aventura del periódico, el vértigo de la conferencia o la novedad de la discusión. Impulsados por un medio que cerraba toda probabilidad de realización política fuera del régimen, la Generación del 18 orienta sus posibilidades de realización hacia la parte estética-literaria y se vale de los diferentes medios asequibles para volcar toda su carga interior: «avidez de cultura y sensibilidad social», lo llama Mariano Picón Salas en su texto «Confesión a la Sordina» al configurar los impulsos de la generación en la cual se forman él y Briceño Iragorry.

Trujillo representa para Briceño Iragorry el espacio iniciático en el viaje camino al conocimiento. Aquí la avidez del escritor encuentra voces gemelas que alientan su paso y acompañan en la travesía del saber. Serán voces robustas algunas y otras nuevas como la de él que se unen y forman un coro bastante interesante que posteriormente encontrará eco en la Universidad de Los Andes. Se establecerá entonces una travesía desde Trujillo a Mérida para encontrarse frente al Alma Mater que preparará las voces de la Generación del 18 en el Occidente del país:

Mérida, más que Trujillo, me resultaba campo propicio para el ejercicio literario. Hice buenas relaciones con hombres de letras. Julio Sardi se esmeró en ayudarme con buenas lecturas. En la biblioteca de Mariano Picón Salas, cursante conmigo de la Facultad de Derecho, platicábamos permanentemente de letras. Cuando Picón Salas resolvió seguir estudios en Caracas, ya estaba de regreso de Europa Roberto Picón Lares, quien a la par que me estimulaba en las buenas lecturas de los clásicos castellanos, me ayudó a abrir ventanas por donde entrasen los rayos de gracia. (O.C. Vol. I).

El encuentro entre Mario Briceño Iragorry y el Alma Mater de la Universidad de Los Andes está mediado por una hermosa instancia geográfica: EL PARAMO. Ese mismo páramo que impacta a Alfonso Rivera –personaje básico en la novela *Los Rivas* (1958)– es la visión que ha quedado impostada en la mente del escritor y expresamente develada en la advertencia de «este retablo novelado»: «Puede haber errores en la evocación de un paisaje vivido hace más de cuarente años». Una simple operación aritmética nos revela que las descripciones del paisaje se ajustan a 1918, época en que viaja a Mérida para continuar sus estudios.

La visión de la travesía realizada se constituye en un elemento de singular importancia para develar el alma sensible del joven universitario que viaja en medio de un espacio impresionante para encontrarse con la savia del conocimiento universal que alimente la inquieta llama juvenil, clamorosa de nutrientes para su reino interior. Es la visión de un contemplador de excepción en medio de un espacio de connotación solemne, es un encuentro con la tierra cotidiana esparcida a su alrededor y que guarda los secretos y encantos de un espacio natural envuelto en albores mágicos y terrenos. El mundo interior del joven Briceño Iragorry se siente conmovido por el ambiente que aprecia y esa majestuosidad acrecienta el vértigo de infinito que revelan sus textos adolescentes, evocando su concepción del hombre frente a la soledad de la muerte: «El viento callaba a ratos, como avergonzado de interrumpir la solemne quietud de las cumbres. El hombre como si se acercara a la propia muerte se sentía ingrato y solo en la solución de su destino» (L.R. 67). Aquí no se ha efectuado un simple viaje físico, no ha sido una travesía cualquiera, sino la penetración en un mundo singular que tiene

como heraldo al páramo, anunciador silente de las maravillas que aguardan en la ciudad universitaria. Es la especie de penetración en un túnel que hace volver a la vida luego de traspasar las barreras de la muerte:

En el páramo no hay tiempo. El páramo confina con la eternidad. Los viajeros que han atravesado las altas cumbres silenciosas y solitarias, sienten al llegar a la bajura la emoción de regresar de regiones remotísimas y extrañas. El páramo es un mundo aparte, donde reina lo intemporal. El páramo es especie de zaguán de una muerte de la cual pudiera regresarse. En el páramo el tiempo adquiere transitoria dimensión de eternidad (L.R. 72):

Ha trascendido las altas cumbres en una especie de bautismo que posibilita la penetración en un espacio para elegidos al arribar a una ciudad donde encontrará el título universitario y la gran compañera de su vida.

La Mérida de la época en que se gesta y fragua la generación del 18 dentro de las aulas de la Universidad de Los Andes se puede tipificar como la Ciudad Monástica que comenzaba a despertar bajo los acordes filosóficos que surgían en las aulas universitarias y que preparaban un nuevo rostro para la ciudad nutrida por la juventud eterna de los estudiantes y la mirada vigilante de su Universidad.

Don Tulio Febres Cordero en su texto, *Memorias de un Muchacho*, pinta a Mérida bajo la concepción de un pesebre, un retablo que respira por todos lados un ambiente romántico y ensoñado, dándole connotaciones de magia y maravilla:

En una palabra, la Mérida concentrada en sus altas y ricas montañas, llena de recuerdos y costumbres tradicionales, siempre ansiosa, en espera de algún acto cívico, religioso o académico, para vaciar los pesados cofres de cedro o de caoba y lucir en los estrados, con garbo y gentileza, ropas de gala y espléndentes joyas, de pureza insospechable, rica herencia de linajuda familia o de algún patricio o guerrero de la patria heroica.

Mariano Picón Salas alude en «Viaje al amanecer» sobre el tiempo que se mezcla en la Ciudad del encanto, al confundirse el pasado con el presente, y las vivencias, se producen bajo aleros de cotidianidad entre fantasmas y personas reales, estableciéndose una convivencia maravillosa y enriquecedora:

El tiempo para el que nace en Mérida es como un tiempo denso y estratificado (tan diverso de ese tiempo nervioso y olvidadizo que se vive en lugares más modernos); el pasado se confundía con el presente y personajes que vivieron hace tres siglos, o no vivieron sino en la medrosa fantasía de algunos merideños, eran los testigos obstinados, los fantasmas de nuestra existencia cotidiana.

Por su parte, otro de los integrantes de la Generación del 18 en el occidente del país -y quien viene del Zulia a culminar sus estudios de Derecho en la Universidad de Los Andes por encontrarse cerrada la LUZ por orden de Gómez—Jesús Enrique Lossada, plasma su visión de Mérida a través de la combinación entre el prodigio de su espacio natural y la concepción monástica que refleja la ciudad. En torno al suelo merideño compone encendidos versos que denotan la admiración del poeta por el paisaje circundante;

Bella ciudad triste de Rodríguez Suárez.
Con lampos de albura pura se hipnotiza.
Sueña con la hostia que se alza en la misa,
y se envuelve en pelos de nubes albares.
(...) Extática monja que suspira y reza
huye a la moderna vida estrepitosa,
y vive en el claustro del pasado presa.

Julio Sardi evoca el sentimiento hermético y monástico que encierra Mérida, la añoranza de una ciudad por el pasado simbolizado en la «Espada y la Cruz», naciente misma de la identidad y raíz de la Ciudad de los Caballeros:

En el culto hermético que tu corazón rinde a los tiempos muertos,
todavía sueñas, oh, silenciosa ciudad señorial, todavía sueñas con el doble
triumfo de la Cruz y la Espada. Todavía rezas, bajo el soplo glacial de tus
páramos, parece que esperas el día en que vuelva a fulgurar sobre tus
Catedrales y tus Conventos la cruz de una mohosa tizona aventurera, resucitadora
de olvidadas empresas de Sangre, Entusiasmo y Fe.

Mario Briceno Iragorry en la ya citada Novela *Los Riberas*, hace en repetidas oportunidades referencias a la Mérida de 1918 haciendo hincapié en los vestigios que guarda la ciudad de la ensoñación. Es un espacio propicio para la vida y la reflexión, es una ciudad que se encuentra apegada al entorno natural que le sirve de asiento y recalca de manera extraordinaria la maravillosa condición geográfica que destaca con singular refulgencia:

Por 1918 las calles lucían aún la alfombra esmeraldina de la yerba,
que tramaba los cantos del pavimento. Las aceras de flojos ladrillos
mostraban el verdín de la humedad transmitida por la niebla, bajada con
el atardecer. Noches maravillosas, blancas noches en que los caballeros
aún se echaban sobre los hombros la «fermosa cobertura» señorial y
castiza, o vestían el severo macfarlán, de clerical apariencia (...) Solitarias,
dormidas, pausadas noches en las cuales la vieja ciudad dejaba escuchar
entre el apretado palpitar velado de una vida misteriosa, se escuchaba por
entonces en las esquinas de Mérida la sonora voz que discurría por las
secretas acequias, destinadas desde la época colonial, a repartir el milagro
generoso del agua cristalina, represada a la altura de Milla.

Vista la concepción de la ciudad desde la añoranza romántica, podemos referir el hermetismo de una sociedad apegada al credo religioso y la diferencia de clases sociales cuando encontramos importantes indicios en el Tomo X de la *Historia de la Universidad de Los Andes*, realizada por Eloi Chalbaud Cardona, en 1990, y donde se hace referencia a la llegada del doctor Diego Carbonell como nuevo Rector de la ULA el 16 de junio de 1917 y al referir la ciudad a la ciudad a la cual llega el Rector de la Generación del 18, describe:

El Doctor Carbonell llegó en el mes de julio siguiente a Mérida, ciudad pequeña, aparentemente pacífica y religiosa, donde no obstante, cualquier manifestación de progreso espiritual que no estuviese cimentada en el credo católico, estaba destinada al fracaso debido al obstinado rechazo de los menos y al menos testarudo fanatismo de los más.

Es la llegada del Rector Carbonell, mentor de la Generación del 18 que se forma en las aulas de la Universidad de Los Andes, la Universidad positivista que recibía a los discípulos de Darío, Rodó y Martí. La Facultad de Ciencias Políticas de la ULA, sería el escenario de diálogos y encuentros, conferencias y publicaciones periódicas de sueños alados.

La Universidad se convierte en escenario donde se entremezclan las nuevas corrientes filosóficas y las antiguas posiciones amparadas en los estatutos. La Universidad es escucha de todos y debajo de su techo son propicios los debates que originan la llegada del nuevo marco filosófico conceptual basado en la concepción experimental. Con el Positivismo asiste a las aulas de clase la preeminencia de la ciencia y los científicos. Este Positivismo que se instaura en 1866 con el discurso de Rafaek Villavicencio en la Universidad Central de Venezuela y gana cátedra en el ambiente universitario, y paulatinamente, va desalojado el «corpus filosófico» con que nació y dio los primeros pasos la Universidad. El nuevo dogma «cimentado en la ciencia integral pretende formar «sabios y científicos» como instrumentos de productividad social. Briceño Iragorry, en la «Hora Undécima» refiere este episodio como:

Cuando el Positivismo ganó cátedra en la vieja casona de Santa Rosa de Santa María, ocurrió un viaje ostentoso en el campo de los estudios superiores. La moda nueva no sólo intentó desalojar de su enmohecida cátedra a la escolástica añosa y al alambicado racionalismo, sino también a la cultura literaria que miraba a los modelos clásicos de nuestro Siglo de Oro Castellano. El tema religioso que ocupó a los grandes escritores españoles fue mirado con desdén y se le buscó sustitutivo en los modelos de la libre literatura de Francia. Se creó a la vez una pseudo mística de la heroicidad atea como título de excelencia intelectual.

En una universidad eminentemente positivista hacen vida intelectual un grupo de jóvenes 'artistas' de la Facultad de Ciencias Políticas. Transformándose la Universidad en el centro de reunión de un grupo de jóvenes atraídos por la creación literaria y convencidos de su rol protagónico dentro de la sociedad. Y que así prolongaban en la Universidad la actuación anterior en institutos de educación o la participación individual o colectiva en empresas literarias a través de la difusión de trabajos en publicaciones periódicas o las reuniones de trabajo para discutir diversos temas filosóficos o conocer autores mediante el intercambio de opiniones, tal y como lo testimonian Mario Briceño Iragorry en carta enviada a Mariano Picón Salas en 1940, con ocasión de la publicación de la Revista «Santo y Seña» editada por Picón Salas y donde recrea esa intención juvenil que les acompañó en la empresa periodística-literaria:

Cuánto tiempo corrido desde la fecha que me pedías mi juvenil colaboración para tu Revista «Aristides Rojas», que tuvo en Mérida vida tan efímera como la de aquel cuadernito «Juan Cristóbal» que, por el mismo tiempo, empezaba a editar yo en Trujillo. Estábamos entonces (¡lo creíamos nosotros!) al final de la Guerra Mundial; tú te sentías a «las puertas de un mundo nuevo» y yo, en el pórtico de mi revistilla, invocaba, como sigo ahora invocando, la urgencia de un clima de serenidad para las grandes obras del espíritu.

Nuestros denominados 'artistas' serán los discípulos de los «fundadores» de una filosofía e identidad para la América encontrada. Serán fieles seguidores de Rodó, Vasconcelos, Martí, Bersong, Maeterlink en el campo filosófico y de Rubén Darío en el campo literario al esgrimir el modernismo como instrumento o procedimiento artístico para construir sus textos y además reforzar el eco en su lucha por una verdadera identidad. Son «superhombres» que como Nietzsche creen en el ideal de la belleza y la superación del hombre en alas de la sensibilidad y la trascendencia del ser a través del ascenso del espíritu en función del conocer bajo una concepción más humana y posibilitando la realización plena del hombre. Los jóvenes liberales románticos oponen su idealismo al materialismo positivista y cuestionan la actitud materialista que instaura éste. Así como también cuestionan la moral y práctica de la religión que todavía muestra fragmentos dentro del entorno social. Es la mirada que queda fija ante los ojos de la escritura:

El pueblo de ayer que hizo la libertad de un continente no puede cambiar un título de tanta excelencia por el menguado oficio de sordo tecnócrata, dedicado a la venta de hierro y petróleo. No es tolerable la sustitución de los sueñosalucinados del Quijote por el ronquido satisfecho de Sancho Panza (T y N. O.C. Vol. VIII).

El Quijote será emblema de esta generación para simbolizar la idealización y la búsqueda de unos ideales trascendentes que superen la simple condición utilitaria y reflejen la llama de la espiritualidad del hombre que busca su realización y por ende procura potenciar toda esa energía y empeño en pro del espacio histórico social que lo circunda, como lo pretende otro representante de la Generación del 18, Salvador de la Plaza: «Yo quiero prepararme para ser un Quijote latinoamericano, que luche contra los molinos Yankees y contra los Sanchos de esta América Colombiana» (D.I.).

Ya hemos referido anteriormente que la Universidad en que se forma la Generación del 18 es eminentemente positivista, una Universidad que tiende fundamentalmente a formar bajo las concepciones filosóficas basadas en los métodos científicos, evolutivos y ciencias exactas. A esta Universidad Positivista concurren diferentes jóvenes provenientes de diversos lugares del país buscando forjarse un futuro profesional. Y justamente este grupo de jóvenes no ingresa a la Universidad en busca de alguna carrera científica sino humanística, y específicamente, Ciencias Políticas, donde encuentra un lugar bastante indicado y propicio para seguir alimentando la llama del fuego filosófico-literario que habían sorbido antes de ingresar al recinto universitario y a quien le deben en gran sentido las bases esenciales para la posterior definición de su personalidad intelectual que ha comenzado a formarse desde formas expresivas dadas en la cotidianidad misma y luego se van sumando a un discurso filosófico que se traduce como irruptor proponiendo una revisión del pasado para enfocar el presente que está mediatizado por una posición revisionista y de falsa integración como lo es el «Panamericanismo». 'Panamericanismo', que Briceño Iragorry identifica con visos de dominación para Latinoamérica:

El Panamericanismo no es sino el rostro visible de dicho propósito de dominio (...) Nuestros pueblos quieren existir en sí mismos y desarrollarse libremente sobre las bases de su personalidad histórica. Nuestro nacionalismo es apenas el despertar de un hombre que fue traicionado mientras dormía. (E.N. OC. Vol. VIII).

Coincide la generación intelectual de Briceño Iragorry y su estadía en la Universidad de Los Andes con la promulgación de los postulados del Manifiesto de Córdoba en 1918 cuando se invoca a: «La juventud siempre vive en franco heroísmo. es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo de contaminarse. No se equivoca nunca en la elección de sus propios maestros. Ante los jóvenes no se hacen méritos adulando o comprando». Además las propuestas de la Universidad de su cultura y la universidad de la tierra ocupan elemento importante dentro del espectro discursivo de esta época de formación. Por lo tanto el germen juvenilista que se gesta en las universidades apertura nuevos elementos para la discusión y el diálogo en torno a la situación

americana y donde la Universidad será el puntal para el desarrollo y quien creará las perspectivas para el establecimiento de una Universidad de la cultura que sea reflejo de la realidad en la cual está circunscrita y es elemento interactuante. Son almas sensibles atravesadas desde dos perspectivas: la singularidad espiritual llevada a cabo a través del modernismo y el compromiso social evocado a través del Liberalismo Romántico o la filosofía de los fundadores:

Debemos agregar una profunda confianza en la pluralidad juvenil, un meliorismo y una fe, como actitudes opuestas a todo escepticismo atribuido a la «vejez» o a la rutina; al clima romántico de todos estos caracteres es, por lo demás, evidente y se relaciona, en algunos casos, con ciertas formulaciones de un cierto socialismo utópico, más o menos expresado de carácter espiritualista (Arturo, Roig: Filosofía....)

Esta juventud delinearé diferentes caminos a medida que va transcurriendo su formación y se amplía su universo de conocimientos y comprensión de los postulados filosóficos-literarios que habían acumulado y acariciado durante su preparación preuniversitaria. Pero todas sus inquietudes y manifestaciones encuentran un punto de convergencia como son en un primer momento las publicaciones periódicas, espacio abierto a la reflexión y compartir de opiniones a través de un agente mediador como lo es el «homo tipográfico». Ya instalados en el ámbito académico, surge otro elemento de vital importancia en la preparación, ejecución y difusión de ideas por parte de la Generación del 18, como lo es la Conferencia, vehículo de reto, innovación y estímulo de preparación para una fogosa juventud que adquiere a través del rol de conferencista una oportunidad de expresar sus ideas y planteamientos, a la vez que representa una figuración de voces nuevas ante las voces intelectuales robustas que intentaban perpetuarse en el medio.

Salvador de la Plaza en su *Diario Intimo* al referir las actividades realizadas por el Liceo de Ciencias Políticas de Caracas hace alusión a las *conferencias* como medio de difusión de ideas:

Entre las actividades del Liceo de Ciencias Políticas, las conferencias y charlas tenían un papel importante, pues ello obligaba a sus miembros a realizar el esfuerzo intelectual a que se debían casi por principio» (...) «Las conferencias fueron establecidas. De cada individuo fue formándose un semi-orador. Todos llegaron a expresar más o menos bien sus pensamientos, y no hay mejor educación intelectual que aquella que nos obliga a digerir nuestros pensamientos. Y solo existe esa digestión cuando, en discursos con nosotros mismos, o con otros, nos imponemos de lo que tenemos por dentro, lo alineamos, lo comparamos y organizamos. El silencio de lo aprendido trae su olvido lento.

Actual

La conferencia permite la dialéctica, el confrontar directo de ideas y planteamientos a través de la oratoria y exposición de criterios ante un auditorio. Es la expresión viva de la palabra que une y confronta, de la experiencia que hace vibrar al recién iniciado en las lides intelectuales al encontrarse frente a una realidad que amerita preparación y destreza. Mario Briceño Iragorry, recuerda con alegría cuando bajo la tutela del Doctor Diego Carbonell —el rector de la Generación del 18— realizó una conferencia con motivo de recoger fondos para la construcción de un «Hospital de Niños», tal y como lo refiere en su discurso de Orden pronunciado el día 4 de abril de 1952, en la Universidad de Los Andes con motivo del acto académico en memoria de Don Andrés Bello:

Hace más de treinta años esta ilustre casa universitaria ofreció tribuna a mi palabra de principiante, cuando su ilustre Rector, el nunca bien ponderado Diego Carbonell, inició en la ciudad una obra para beneficio del niño abandonado» (...) «Fue entonces pretexto mi palabra para recoger monedas generosas que acrecentasen los fondos de la planeada institución» (...) «En monedas sonantes y constantes se convirtieron pues, mis primeras palabras en la Universidad de Los Andes. Al correr de los años, cuando el joven fogoso, de ardientes labios, prestos a toda manera de novedades iconoclastas, se ha trocado en el hombre maduro, de tardo paso y cenicientos cabellos.

Las conferencias no solo permiten ser orador sino también percibir a través de ellas y adquirir conocimientos. Este tipo de actividad cumple con una doble alternativa: como elemento de difusión y de percepción de nuevas ideas que junto a los libros y otras actividades como la publicación en periódicos y revistas conforman el axis de formación de esta generación. En tal sentido recurrimos a la referencia que hace Mario Briceño Iragorry a la conferencia de Manuel Ugarte en 1912 y su coincidencia con los hechos que protagoniza la Federación de Estudiantes. Así como también la prohibición del ciclo de conferencias por parte del gobierno:

Cuando a fines de 1912 visitó a Caracas el grande escritor Manuel Ugarte, tuve oportunidad de escuchar su palabra encendida y orientadora, en célebre conferencia que patrocinó la antigua Federación de Estudiantes de Venezuela». (...) «Manuel Ugarte habló apenas una vez. Las autoridades, requeridas por la Legación de Estados Unidos, impidieron la prosecución de charlas encaminadas a la defensa de la conciencia hispanoamericana. Eran los buenos tiempos en que José Enrique Rodó ofrecía como símbolo de espiritualidad de Ariel de «La Tempestad» Shakespereana. El uruguayo miraba el duelo entre ambas Américas como un problema de doctrinas. Ugarte iba más lejos y se hacía más realista. Antes que lucha de sistemas vio la lucha de una nación que buscaba dominar la dispersa unidad latinoamericana. (A.N. OC. Vol. VIII).

Además de esa inquietud que los estudiantes llevan a la Universidad y las posibilidades que le ofrecen las organizaciones estudiantiles como la Federación de Estudiantes de Venezuela, se debe considerar para esta generación en el Occidente del país que tiene como centro de formación a la Universidad de Los Andes, un aspecto bastante significativo,

representado por la Rectoría del Doctor Diego Carbonell. El doctor Carbonell es una figura excepcional en la vida y evolución de la Universidad de Los Andes, el rector polémico, el médico de Rubén Darío y el fiel creyente en las posibilidades de realización de una juventud a través de la formación académica y el bien común. Carbonell es la combinación del saber científico a través de la medicina con la sensibilidad social y espiritual que rige a las almas soñadoras. Así lo manifiesta en su discurso al asumir la rectoría de la Universidad de Los Andes:

Y si yo poseyere algo digno de aplaudirse en mi vida, es este entusiasmo siempre juvenil cuando me entrego al trabajo. Que este no haya sido edificante? —cúlpele a la disposición que tuvimos para tal o cual trabajo, más atenúese la crítica ante el entusiasmo aquel y ante la insospechable buena fe del obrero.

Voces robustas de espíritu juvenil dialogan en la montaña con voces nuevas que aperturan un naciente espacio. El conocimiento se ha ensanchado en la universalidad del alma mater, el camino se divisa desde lo alto para recorrer el mundo Patria Arriba en busca de horizontes urgidos de amaneceres. Son diálogos en la montaña que aun esperan destinatario. Son aun Mensajes sin Destino.

Referencias

- BRICEÑO IRAGORRY, Mario *Obras Completas*, Caracas, Ediciones del Congreso, 1992.
- CHALBAUD CARDONA, Eloi: *Historia de la Universidad de Los Andes*, Mérida. Ediciones del Rectorado, 1990.
- FEBRES CORDERO, Tulio: *Memorias de un muchacho*, Mérida, Diario Frontera, 1993.
- LOSSADA, Jesús Enrique: *El reloj de los girasoles*, Obras Completas, Maracaibo. Ediciones Centenario LUZ, 1992.
- PICON SALAS, Mariano: *Obras Completas*, Madrid, Ediciones Edime, 1969.
- ROIG, Arturo: *Filosofía, Universidad y Filósofos en América Latina*. México, Universidad de México, 1981.
- SARDI, Julio: *Páginas olvidadas*. Mérida, Universidad de Los Andes, 1962.
- Universidad de Los Andes: *Salvador de la Plaza, Diario Intimo (1917/1918)*. Mérida, Ediciones del Rectorado, 1993.